

Revista

Formación Política

No. 1 • 2022
ISSN 2805-9999

El Estado y la
PROTESTA
social

LA RESTITUCIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO:

EL ÁMBITO DE LA PROTESTA SOCIAL

No somos histéricas, somos

HISTÓRICAS

Arte y protesta social
en el Gobierno Duque

La restitución del espacio público: el ámbito de la protesta social

Las paradojas políticas del confinamiento durante la pandemia

Fernando Viviescas M.

Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Colombia, adscrito al Instituto de Estudios Urbanos (IEU) de la misma Universidad.

“... En efecto, tenemos que especificar el acontecimiento multitudinario como un excedente que abre las puertas a lo común. Pues bien, la producción artística atraviesa de lado a lado la industria y construye lenguajes comunes. En consecuencia, toda producción es un acontecimiento de comunicación; y lo común se construye a través de acontecimientos multitudinarios...”¹

La humanidad empieza a vislumbrar lo que podría ser la superación de la más generalizada y profunda incertidumbre de los últimos cien años, causada por la propagación mundial de la epidemia del covid-19 que, desde el inicio de 2020, develó la enorme debilidad estructural del capitalismo neoliberal para atender seria y responsablemente emergencias universales, por lo que apenas pudo atinar a imponer el confinamiento a la población mundial en sus refugios privado para tratar de evitar el contagio.

Este artículo pretende mostrar cómo paradójicamente durante el mismo período y en gran medida relacionada con la mediocridad del manejo que se le dio a la peste, se produjo, también de manera impensada la consolidación de la significación cultural y política que ha alcanzado la construcción y ocupación del espacio público (EP) entendido como el ámbito natural de expresión de la ciudadanía

¹ Antonio Negri, *Arte y multitud. Nueve cartas, seguidas de Metamorfosis* (Madrid: Editorial Trotta, 2016), p. 96 y 97.

de las metrópolis contemporáneas y crecientemente asumido por ellas como el espacio para dilucidar, criticar y empezar a superar estructuralmente diversas epidemias ideológicas cuya permanencia y/o consecuencias han impedido que la especie humana consolide su viabilidad inteligente y material.

En ese contexto, de un lado, la superación de todas las formas de discriminación: sexual, étnica, social, de procedencia o económica así como, del otro, la asunción consciente de la lucha contra el calentamiento global aparecen como las líneas de reflexión y de convocatoria para que hacia el futuro la política, revolucionándose en el espacio público, supere la encrucijada programática e ideológica en la cual se encuentra hoy sobre la tierra.

Introducción: el COVID-19 frente a los fundamentos estructurales del espacio público

El hecho contundente que evidenció para la especie humana la verdadera dimensión de la aparición de la pandemia del COVID-19 fue la determinación de todos los Estados de confinar a la población mundial en sus albergues privados a partir del mismo momento, en el inicio de marzo del año 2020.

No era para menos: la gravedad de la propagación del SARS-CoV2 era de tal magnitud que tenía que darse un aviso que toda la raza humana pudiera entender y, dimensionándolo, lo acogiera de manera incontrovertible.

Retirar a los hombres y mujeres del espacio público constituía el evento más potente puesto que, en el fondo, se trataba de sacar a sus constructores y usuarios del ámbito máspreciado para su sensibilidad e inteligencia, en la construcción del cual ellas y ellos han estado dedicados permanentemente durante los últimos cien años de nuestra historia.

De un momento a otro se les expulsaba de la condensación material de lo que constituye su identidad generacional como partícipes de la instauración definitiva de la vida en multitud —de las metrópolis: el destino de la especie humana según diría Giuseppe Zarone²— con el argumento de que con ese vaciamiento se evitaba que allí mismo se precipitara su propia destrucción.

Muy rápidamente, sin embargo, se demostró lo inoperante de la medida pues ésta ignoraba que la sociedad contemporánea es, en esencia, en el espacio público

² Ver, Giuseppe Zarone, *Metafísica de la Ciudad. Encanto Utópico y Desencanto Metropolitano*, (España: PRETEXTOS y Universidad de Murcia, 1993).

y que, materialmente, más de la mitad de ella vive de lo que en él y con él se produce: a nivel planetario, casi inmediatamente la gente va rompiendo el confinamiento pues empieza a salir a las calles a buscar su sustento y, de esa manera, a restituir el sentido urbano de la existencia contemporánea y con ello se precipita la consciencia ciudadana sobre la verdadera dimensión de la tragedia que significaba la propagación del coronavirus.

En realidad, desde el inicio de los confinamientos fue evidente que bajo las condiciones de orden estructural e histórica que prevalecen desde hace décadas, era imposible que se pudieran encerrar indefinidamente y sin una revolución inmediata en los sistemas de atención y de cuidado de la gente, a más de cuatro mil millones de seres humanos (la población urbana mundial) en sus lugares de habitación.

El modelo neoliberal impuesto desde hace medio siglo es absolutamente incapaz de atender a las muchedumbres que hoy caracterizan al mundo.

Multitudes³ que son el resultado de la formidable transformación demográfica precipitada

3 Aunque en un sentido distinto al que utilizamos en este artículo, se encuentra un tratamiento del concepto de multitud en el artículo del profesor Medófilo Medina en este mismo número de la Revista.

por el inusitado crecimiento de la población humana —establecido como una de las consecuencias trascendentales de los enormes avances de la medicina y de la ingeniería en los siglos XIX y XX— que llevó a que en menos de ochenta años casi se cuadruplicaran los dos mil millones de personas que habitaban la tierra en 1938 para llegar ahora a más 7.900 millones de seres humanos y a aglomerar, sin orden ni concierto, a más de la mitad de ellos en las grandes ciudades actuales⁴.

Una transformación sustancial frente a la cual la sociedad capitalista no ha sido capaz de atender ni en la parte física —la labilidad teórica y metodológica del urbanismo y de la planeación están a la base de la incapacidad de las grandes metrópolis para albergar digna, integral y ambientalmente a sus crecientes poblaciones— ni en el ámbito del gobierno en el cual las limitaciones que impone la profunda crisis que caracteriza hoy a la democracia liberal no hacen sino ampliar y profundizar constantemente la apelación a la creciente represión violenta de los cada vez más complejos y creativos movimientos reivindicativos sociales y culturales.

4 Population Reference Bureau, Julio 10 de 2020: 56% urbana; 24% en ciudades de más de 1 millón de habitantes.

Todo lo cual ha llevado a que desde hace por lo menos cinco décadas en todo el mundo se haya venido desatando, por distintas razones de acuerdo con el entorno geográfico e histórico, una dinámica política-cultural por la cual la relación poblacional con el espacio público —manifiesta en las recurrentes multitudinarias movilizaciones ocupando las calles— una tendencia creciente a profundizar y potenciar su reconocimiento significativo como el ámbito esencial de desarrollo y de expresión del encuentro de la diversidad de la existencia individual y, sobre todo, colectiva.

La dilucidación y profundización de esta relación espacio-poblacional ha llevado a las multitudes urbanas de hoy a agudizar y profundizar su capacidad crítica y propositiva por lo cual pueden imaginar nuevos marcos y referentes reivindicativos y, en consecuencia, concebir nuevas formas de sociedad y de relacionamiento entre las mujeres y los hombres y entre ellos y sus diversos entornos.

Creciente inteligencia que proviene de la potenciación y extensión de la capacidad analítica, reflexiva y crítica generadas en las ciudadanías del orbe por el ejercicio, ineludible en las metrópolis del siglo XXI, del encuentro e intercambio críticos de culturas, de cosmovisiones, de formas de pensar y de mane-

ras de concebir el mundo que se dan en la calle, en los parques y plazas, en las bibliotecas, en los museos y en los teatros y en esa extensión del espacio público que constituyen la virtualidad y, en particular, las redes sociales contemporáneas.

Aunque esta transformación planetaria está apenas en sus inicios ya ha mostrado su enorme potencia en la creciente consolidación de la revolución feminista, de un lado y, del otro, en la conformación también a nivel mundial del movimiento contra el calentamiento global, potenciando la complejidad de los horizontes reivindicativos que antes se mantenían limitados a la lucha contra la explotación y la inequidad económica.

Y con la extensión y profundización de la ocupación de la calle en entornos diversos que van desde La Plaza Tahrir en el Cairo, el ámbito egipcio de la “Primavera Árabe” (iniciada en Túnez en 2010) hasta a manifestarse en la misma Nueva York con el “Occupy Wall Street” desde 2011 y en el “Movimiento de los Indignados” o M-15, en Madrid (2011) y prolongándose y permaneciendo en las grandes movilizaciones en Hong Kong, hasta llegar a las que han conmocionado a las capitales de América Latina, para producir resultados impresionantes en Chile y estallidos expresivos en La Habana en julio pasado.

Esta vigencia del espacio público como ámbito de expresión de la multitud humana, paradójicamente, constituyó un baluarte esencial para iniciar la superación de la peste.

El sentido complejo de la restitución del Espacio Público durante la pandemia del COVID-19

En una más de las tantas paradojas a través de las cuales la pandemia del COVID-19 ha servido para evidenciar de manera incontrovertible las diversas y profundas crisis en las cuales ha hundido al mundo la hegemonía del modelo neoliberal —impuesta desde finales de los años ochenta del siglo pasado— durante las tres últimas semanas de febrero de 2022 diversas ciudades de varios continentes (París, Camberra, Ottawa, entre otras) han visto cómo los sectores más conservadores de esa sociedades se han apoderado de las calles y espacios públicos.

Lo más irónico es que tales movilizaciones se dispararon no solo para rechazar los procesos de vacunación contra la peste sino para exigir de manera vehemente el levantamiento de todas las medidas que para evitar la propagación de la enfermedad se han tomado en aquellas naciones, alegando con especial ahín-

co que “tales disposiciones van contra la libertad individual”.

Para profundizar el sentido contradictorio de la situación, también a esas multitudes del estatus quo, bastantes reaccionarias en algunos casos, les ha tocado sufrir los embates de las fuerzas policiales que cada vez recurren más al empleo de la fuerza bruta para restituir el orden y, como dijo un jefe de estado, “defender la dignidad de la instituciones”.

Esas airadas manifestaciones multitudinarias contrastan con la actitud de acatamiento generalizado de hace dos años cuando en menos de 24 horas la población urbana mundial (alrededor de cuatro mil millones de hombres y mujeres) se confinó en sus lugares de residencia casi sin levantar la más mínima protesta porque se consideró que esa era la única manera de evitar lo que aparecía la debacle sanitaria humana más grande del último siglo, después de la mal llamada Gripe Española (1917-1919).

Tuvimos que ausentarnos de las calles, plazas y parques, de los teatros y salas de exposiciones, de los estadios, de los museos y bibliotecas, y encerrarnos en nuestros sitios de habitación sumidos en la más absoluta incertidumbre con respecto al presente y al futuro, conminados por la incapacidad cognitiva y material de los Estados para reaccionar ante

la aparición y propagación generalizada del coronavirus.

Ahora bien, es necesario resaltar que aquella aparente contradicción institucional, la cual ilustra en la calle la confusión a la que ha llegado el espectro político contemporáneo dominado por la llamada democracia liberal, había tenido su máxima expresión el 6 de enero de 2021 cuando el propio presidente norteamericano en ejercicio instó a las masas republicanas, convocadas por él mismo al frente de la Casa Blanca, a marchar por la Avenida Pensilvania de la Capital estadounidense hacia el Capitolio para presionar, en la Cámara de Representantes, el desconocimiento de los resultados de las elecciones que había perdido en el mes de noviembre anterior.

Siguiendo esas indicaciones la multitudinaria manifestación se tomó la icónica edificación, incluso trepando por las paredes y rompiendo puertas y ventanas, al compás del llamado a colgar al Vicepresidente (“¡Hang Pence!”) e invadieron los pasillos, las salas de protocolos, los recintos legislativos y las oficinas obligando a los representantes y al mismo Mike Pence a esconderse en los refugios prediseñados para salvar a “la más importante democracia del mundo”.

Significativamente esa fue la última de las muchas movilizaciones que, pasando por encima de

todas las recomendaciones sanitarias con motivo de la pandemia, había convocado el representante del GOP (Grand Old Party: Partido Republicano) durante la campaña presidencial.

Finalmente, para que la paradoja quedara completa y no hubiese duda sobre la enorme transformación que se había producido en el campo de la política y particularmente en el del ejercicio del gobierno, en su estampida de búsqueda de Pence las turbas “trumpistas” arrasaron a la policía del Capitolio que no tuvo la menor posibilidad de controlar la avalancha hasta cuando, por fin, llegó la Guardia Nacional a restituir el orden: cuando prácticamente se habían retirado los manifestantes.

Esta débil respuesta policial es tanto más sorprendente por cuanto es posible considerar que ese seis de enero apenas estaba finalizando el largo 2020, año en el cual desde cuando se presentó el asesinato de George Floyd (“...a 46-year-old black man...”)⁵

5 “...The New York Times reconstructed in details the minutes leading to Mr. Floyd’s death. Our video shows officers taking a series of actions that violated the policies of the Minneapolis Police Department and turned fatal, leaving Mr. Floyd unable to breathe, even as he and onlookers called out for help.” Evan Hill, Ainara Tiefenthäler, Christian Triebert, Drew Jordan, Haley Willis and Robin Stein, “How George Floyd Was Killed in Police Custody,” *The*

por parte de la policía en Minneapolis en mayo 25, se habían presentado las más significativas, grandes y permanentes marchas de protestas antirracistas en lo que va de este siglo, que cubrieron casi todo el territorio de los Estados Unidos y en las cuales la brutal represión policial llegó a tales extremos que había empezado a generarse un consenso con respecto a la inaplazable necesidad de reformar la institución policial en casi todos los Estados de la Unión.

Todavía hoy el conjunto del espectro político y organizacional de “la democracia más fuerte de la historia” no sabe cómo resolver “institucionalmente” semejante “atropello al alma norteamericana” —apenas comparable con el ataque a la Torres Gemelas en Manhattan, en 2001— mientras crecen las inquietudes político-culturales pues, ante la indolencia de la dirigencia demócrata, se ha dado una frenética acción republicana tanto en el Congreso como en las Cortes, federales y estatales, para introducir reformas a los procedimientos electorales que limitan el ejercicio del derecho al voto y que amenazan con propiciar un retorno de Donald Trump al solio presidencial en el año 2025.

Y, entre otras cosas, porque a pesar de la innegable incidencia

New York Times, published May 31, 2020, Updated Jan. 24, 2022.

que pudo haber tenido en la definición de las circunstancias en las cuales se desarrollaron los acontecimientos, cada vez va siendo más claro que nada de lo anterior se le puede endilgar propiamente al SARS-CoV-2 ni la compleja situación política que caracteriza al convulso mundo contemporáneo ¿“postpandémico”? tiene como único sentido el que hemos expuesto.

El pensamiento crítico urbano: la dilucidación de la pandemia y la superación el confinamiento

En contraste con el panorama delineado hasta aquí, hay que consignar que desde hace algunas décadas el espectro político mundial, aunque imperceptiblemente, ha venido experimentando profundos cambios culturales: de relacionamiento entre los hombres y las mujeres; de los humanos con las demás especies y con la Naturaleza en general y el cosmos; y con las creaciones tanto materiales como intangibles que se han producido durante nuestra historia.

Tales transformaciones se han producido mientras se consolidan, de un lado, la profundización de la vida multitudinaria en las metrópolis contemporáneas y, del otro, el desarrollo y la

masificación de la utilización de los medios de comunicación y las redes sociales cuya combinación, sin duda, ha agudizado y potenciado los procesos de ilustración y análisis para ir generando una ciudadanía con una creciente capacidad interpretativa y crítica con la cual ha empezado a romper los marcos tradicionales de ordenamiento, sometimiento y control político que se impusieron hace cerca de ciento cincuenta años.

Así, por el grado de afinación y profundización de esas metodologías y marcos críticos nuevos que ha logrado configurar y decantar en la práctica la población mundial, especialmente la urbana, muy rápidamente durante las primeras semanas del confinamiento se pudieron dilucidar a nivel internacional las verdaderas y enormes limitaciones que para enfrentar la pandemia tenía la llamada institucionalidad mundial.

Desde el inicio, el ejercicio de ese pensamiento crítico fue dejando nítido que lo que nos tenía encerrados no era el virus -aunque por supuesto su letalidad encuentra en nosotros el principal vehículo de su propagación- sino la enorme indefensión, especialmente preventiva, en la que han dejado a la humanidad los recortes a la investigación científica y, en general, la grosera y criminal comercialización de los servicios

de salud que el neoliberalismo ha ido imponiendo en el seno de las sociedades contemporáneas: cientos de miles de personas fallecieron, simplemente, porque no existían suficientes Unidades de Cuidados Intensivos (UCI) en las cuales prestarle las atenciones debidas.

Aunada a esa constatación, de otro lado, surgía la incontrovertible realidad de que la gran mayoría de la población mundial vive con lo que consigue en el rebusque diario en las calles de las ciudades, impuesto por la profundización y la ampliación permanentes de la informalidad determinada por el neoliberalismo en el mundo del trabajo contemporáneo. Y por ello resultó absurdo —por lo irracional e inhumano— exigirle el confinamiento a la mayoría de la población mundial: la inanición no podía ser una alternativa a la pandemia.

Por lo cual, y ante la indolente abulia de la mayoría de los Estados menos ricos para financiar el aislamiento de los sectores medios y pobres de sus países, que en realidad constituyen la mayoría de la población urbana del mundo, miles de millones de hombres y mujeres —al menos la mitad de la población urbana contemporánea— tuvieron que echarse muy rápidamente a la calle cancelando casi completamente las posibilidades terapéuticas del aislamiento.

Además en el campo de la política, aunque no fue lo único⁶, se presentó un acontecimiento que, a primera vista, dada la historia de los Estados Unidos no necesariamente tenía que representar nada extraordinario pero en el marco de la enorme tensión social, cultural y política que se vivía en ese momento en todo el mundo —e ilustrado por lo avanzada e inteligente de la comprensión que la población ha construido sobre lo absurdo y pernicioso que es para el desarrollo de la humanidad la verdadera dimensión y significado del racismo— rápidamente fue adquiriendo la forma y la trascendencia que signan a los hitos históricos.

El desenvolvimiento del rechazo y la condena generalizada en las calles al ya mencionado asesinato de George Floyd, fue el instrumento político que generó la ciudadanía estadounidense para señalar de manera incontrovertible que en esa sociedad —la cual para ese momento ya se había convertido en el epicentro mundial de la expansión de la epidemia— había problemas más

profundos que la misma peste: endemias socioculturales como la discriminación racial que tendrían que ser superadas de una vez por todas.

La gente, mediante la utilización inmediata, sistemática y masiva de las redes sociales logró que esa tara fuera vista y rechazada como nunca antes por gran parte de la ciudadanía mundial e internamente, ante la absurda y salvaje brutalidad policial desatada para reprimir las movilizaciones que se generalizaron, rompió definitivamente el confinamiento y se lanzó a la calles para denunciar el atropello, generar el pensamiento y la acción que hoy tiene en cuestión el basamento racista de la sociedad estadounidense.

La contextura política de la movilización se consolidaba y fortalecía, de un lado, con la constatación creciente de que la población más afectada por el COVID-19 en los Estados Unidos era, entre los más vulnerables en términos económicos, precisamente la afro-descendiente con lo cual se remarcaba las grandes desigualdades que atraviesa la existencia individual y colectiva del país del norte y, del otro, con el devenir de la coyuntura política creada y desarrollada por el tenso y vibrante proceso electoral que se definió en noviembre de 2020 con la elección del demócrata Joe Biden y la salida de Donald Trump de la Casa Blanca.

6 Hong Kong, por ejemplo, nunca se apagó; los movimientos que se habían iniciado en 2019, en Chile y en Colombia con ritmos distintos, para tomar el caso de América Latina, iban adquiriendo consistencia política y las movilizaciones feministas que habían acompañado los primeros meses de la Administración de Trump, aunque intermitentes, todavía tenían expresión en el espacio público norteamericano.

El cubrimiento de prácticamente todas las grandes ciudades estadounidenses que, liderado por múltiples organizaciones —dentro de las cuales sobresalió Black Lives Matter (BLM)—, lograron las movilizaciones durante todo el año 2020 se fue constituyendo en la principal motivación para que las multitudes ciudadanas, una vez subvertido el confinamiento, retomaran conscientemente el espacio público y lo restituyeran como el escenario estructural de la reivindicación social y política, esto es, como el ámbito construido por la población contemporánea para plantear, discutir y definir lo que nos determina a todas y todos.

Lo hicieron con tanta potencia cultural y política que, menos de un año después, el 20 de abril de 2021, por primera vez en la historia norteamericana un oficial de la policía es declarado culpable del asesinato de un ciudadano negro que se resistió a su detención y Derek Chauvin, quien por más de nueve minutos le clavó la rodilla a George Floyd en el cuello hasta causarle la muerte por asfixia, se enfrenta a una condena de entre diez y cuarenta años de prisión.

Un hecho trascendental aunque, en realidad, es apenas el principio de una larga lucha por la civilización hacia adelante.

Fue de tal trascendencia la retoma del espacio público por la ciudadanía gringa que replicada

en Europa, a donde rápidamente se extendió la agitación reivindicativa, se llegó a exponer claramente el nivel de conciencia que ya se ha alcanzado con respecto a los terribles soportes esclavistas y colonialistas sobre los cuales están levantadas muchas de las instituciones que todavía se reputan como fundacionales de la sociedad occidental, incluidas algunas universidades.

Por momentos, incluso en las calles y los parques primero de Bristol y luego de Londres se dio algo que parecía una confrontación pública de grupos anticolonialista y organizaciones nacionalistas de extrema derecha, motivada por la discusión alrededor del derribo de estatuas de personajes relacionados con el papel que el mercado de esclavos ha jugado en la consolidación del pasado imperialista de Inglaterra y, por ende, del Capitalismo mismo.

De igual forma Berlín, Ámsterdam, París y Bruselas, entre otras metrópolis europeas, vieron sus calles y bulevares atestados de manifestantes que protestan contra el racismo y contra el colonialismo; de la misma manera como la ciudadanía de Hong-Kong⁷, rompiendo también la vigencia del confinamiento, retomaba las calles de su ciudad para conti-

⁷ Como lo detalla la profesora Diana Andrea Gómez en este mismo número.

nuar enfrentando la pretensiones hegemónicas de China y como lo continuó haciendo la ciudadanía chilena, especialmente su movimiento feminista.

Como consecuencia de ese extraordinario, generalizado y profundo proceso de crítica que impulsó el rompimiento del confinamiento y mantuvo la dinámica de las movilizaciones continuas sobre la morfología de las metrópolis se llegó, en el inicio del 2021, a la consolidación de una nueva agenda política del mundo que ya para ese momento estaba lejos de circunscribirse a la atención de los estragos que había causado el SARS-CoV-2 —que en todo caso ya resultaban devastadores— y al sufrimiento de la incertidumbre profunda que apabulló la existencia individual y colectiva del Planeta en el inicio de marzo de 2020.

Todo se mostraba en una perspectiva que permitía intuir que el futuro próximo iba a presentarse bajo augurios distintos a aquellos que habían marcado la aparición de la peste diez meses atrás.

Nada, por supuesto, se tenía resuelto pero —aunque será el análisis crítico el que más adelante se encargue de decantar las verdaderas proporciones de la incidencia— es lícito pensar que la presión política y social ejercida por la fuerza de la movilización reivindicativa que, rompiendo el confinamiento, se

había tomado y agitado como nunca antes el espacio público urbano mundial había tenido mucho que ver en los procesos que reactivaron la refinanciación de los laboratorios mundiales, para que al inicio del 2021 se tuvieran ya las vacunas contra la peste y se empezaran a activar los procesos de inmunización que iban a detener la mortandad y a indicar procesos y metodologías sanitarias para evitar su propagación desbocada⁸.

La creatividad, la dedicación y la responsabilidad del cuerpo científico mundial hicieron el resto acelerando y afinando su trabajo de tal manera que lograron diseñar la producción de la vacuna en menos de un año, demostrando, a su vez, la estupidez y la limitante perversión de la lógica inversionista capitalista que, justo en los años anteriores a la aparición de la pandemia, había reducido drásticamente la financiación de los procesos investigativos, de experimentación y de diseño de elementos y procedimientos preventivos de pestes como la que nos tiene agobiados desde finales de 2019.

Esa actitud perversa no desapareció, por el contrario: se profundizó durante los procesos de distribución del antídoto —y todavía hoy hay millones de hombres y mujeres a quienes se les

8 Leer el número 0 de la revista *Formación Política*.

ha aplazado absurdamente sus posibilidades efectivas de protegerse de la COVID-19— pero ahora, y a pesar de la aparición de las variantes, el mundo sabe cómo y con qué puede enfrentar y aminorar la propagación de la enfermedad.

De otro lado, la culminación de la campaña presidencial norteamericana, que en todo momento tuvo como telón de fondo a las movilizaciones ya reseñadas, no solamente mostró en noviembre del 2020 a un nuevo presidente, refrendando la derrota de quien nunca tomó en serio la pandemia, sino que de una y otra manera instauraba en la plataforma política institucional norteamericana el reconocimiento de la pertinencia de la luchas contra la discriminación étnica, sexual o de género⁹; la lucha contra el calentamiento global y lo imperativo de buscar la equidad en la distribución de la riqueza de la sociedad: todas consignas centrales de las movilizaciones que tuvieron lugar durante el primer año de la peste.

Por lo demás, este tipo de resultados no se limitaron a los que pueden mostrarse en el país del norte, también se presentaron en otras latitudes.

9 Kamala Harris fue elegida como la primera Vicepresidenta de los Estados Unidos y la primera persona afroasiática en ocupar dicho cargo.

En efecto, ya para ese momento, y como consecuencia de las extraordinarias movilizaciones urbanas que habían sacudido toda la geografía del país austral desde el año 2019, en Chile se habían empezado a decantar los procesos culturales y políticos que hacia el final del año 2021 iban a arrojar una nueva Constitución Política y, finalmente, la inauguración, el 11 de marzo de 2022, de un gobierno nacional de tendencia de centro-izquierda, con una mayoría de mujeres integrando el gabinete ministerial.

Incluso en Colombia, el pasado 21 de febrero se pudo celebrar uno de los más importantes avances culturales civilizatorios que haya tenido en su historia, con la promulgación que hizo la Corte Constitucional de la despenalización del aborto hasta la semana 24¹⁰; con lo cual se recoge parcialmente una de las consignas más importantes que han estado agitando, de mano de los movimientos feministas, las manifestaciones que desde finales de 2019 han venido ocupando las calles de las ciudades colombianas.

10 “Tres hitos luminosos rubrican la larga lucha de las colombianas por su libertad: el sufragio femenino, el divorcio y la legalización del aborto. La Corte Constitucional ha reconocido el derecho de la mujer ha decidir sobre su cuerpo y su destino...” Cristina De la Torre, “Embarazo adolescente y educación emocional”, *El Espectador*, Bogotá, 1 de marzo de 2022, p.16.

La construcción material de la ciudad en la restitución del pensamiento crítico

A este momento, todo lo analizado nos permite recoger el hilo verdadero del devenir histórico pues en realidad, toda la agitación política y cultural que hemos analizado —más allá del trasfondo de la peste, del confinamiento y de su rompimiento— establece una ligazón fenomenológica con las multitudinarias manifestaciones político-culturales que, en casi todo el mundo hacia le final del 2019, después de años de arduo trabajo organizativo y de diversas revoluciones teóricas, habían alcanzado a iniciar la instauración de trascendentales hitos programáticos e ideológicos en el escenario de las demandas políticas.

En efecto, para cuando hizo su aparición el coronavirus —sin ignorar para nada lo imperativo de la superación de la tragedia que implica la permanencia de la desigualdad y de los estragos causados por la grosera concentración de la riqueza— ya se había empezado a legitimar en el espacio reivindicativo mundial las exigencias, de un lado, de la eliminación de todas las formas de discriminación —de sexo, de género, de procedencia étnica o geográfica— derivada de la profundización de la revolución fe-

minista, de la diversa gama de movimientos LGBTQ+ y de las luchas antirracistas y, del otro, de la transformación profunda de las relaciones económicas y culturales con la Naturaleza liderada por los movimientos ambientalistas y contra el calentamiento global.

Y así llegamos al punto fundamental de estas reflexiones, pues en ese largo y creativo trasegar a través del cual las multitudes humanas han venido consolidando esas revoluciones culturales, se ha ido profundizando en todo el orbe una trascendental redefinición del sentido, de la dimensión y de la forma del Espacio Público que lo ha convertido ya en el ámbito tangible por excelencia del encuentro de la diferencia, de la diversidad, de la discusión y de la confrontación pacífica de las muchedumbres contemporáneas comprometidas en la formulación de nuevos horizontes de futuro: lo han restituido como el entorno cosmopolita de la Política (manes de Kant).

Ello ha sido así porque, en gran medida, esa potencia creadora que está detrás de esta explosión de imaginación política se ha venido forjando —además de en el intercambio planetario en tiempo real promovido, facilitado y agenciado por la potencia de las redes sociales y el lenguaje cibernético— de un lado, en la constitución cotidiana de las nuevas formas de existencia que

impone la urbanización de la vida en el gentío y, del otro, en el diseño y la edificación del espacio físico, individual y colectivo, de la materialidad de la morfología urbana en la cual aquella misma se instaura y se desarrolla.

Como constancia de su vigor, ese despliegue planetario de imaginación creadora —social y material— ha quedado plasmado en las metrópolis edificadas en el último siglo, especialmente de los países menos desarrollados —sin ninguna duda en América Latina—, en las cuales se materializa en el diseño y la edificación de un inmenso urbanismo que constituye en la gran mayoría de ellas, por lo menos, la mitad de las áreas urbanas totales levantadas sobre la tierra y alberga como mínimo a 2.500 millones de personas.

De esa manera, ese urbanismo planetario popular —al cual los discursos canónicos tienden a calificar como “informal”— deviene la base constitutiva de las metrópolis contemporáneas pues tanto en el orden funcional como en el territorial ha hecho parte integral, en cada caso, del devenir edificatorio social de dichas entidades, pues ellas en lo esencial han sido levantadas material, social, cultural y psicológicamente sin ninguna ayuda estatal: sustentadas en lo fundamental en las meras reservas mentales y físicas de las muchedumbres.

Ahora bien, como es natural, ese urbanismo planetario cosmopolita no limita su expresión y eficacia solamente en las morfologías de la gran mayoría de las metrópolis de la era del gentío que estamos viviendo: por pura dialéctica, en su desarrollo imaginativo, ha venido forjando los nuevos parámetros culturales de la existencia individual y colectiva de la aglomeración poblacional que caracteriza la contemporaneidad mundial en su devenir cotidiano y, necesariamente, en su proyección trascendental y estratégica.

Ha sido en realidad el crisol en el cual, el encuentro, confrontación y mezcla de todas las diversidades y diferencias ancestrales que impone la aglomeración de culturas precipitada por la urbanización, van produciendo nuevas preguntas y formulando nuevos horizontes reivindicativos que ya no caben en los limitados y simplistas marcos ideologizados de la política que se impusieron después de las grandes guerras del siglo pasado.

Por ello la única respuesta que la pesada estructura de dominación vigente en todo el orbe encuentra para enfrentar esta ocupación de las calles por las multitudes de nuestras metrópolis es la represión violenta: en Estados Unidos y en Myanmar; en Filipinas y en El Salvador; en Londres y en Moscú; en El Cairo y en Hong Kong.

Colombia: el confinamiento y la represión contra la protesta social

El caso particular de Colombia puede ilustrar, por lo demás, hasta cuáles niveles de barbarie puede llegar la institucionalidad vigente cuando enfrenta sin comprensión la expresión de esa revolución política cultural que está impulsando la consolidación de la forma de vida urbana: ese nuevo relacionamiento de la especie humana —del gentío— con su entorno material e imaginativo.

Como había ocurrido en Estados Unidos en mayo, el 8 de septiembre de 2020 durante lo que parecía un procedimiento normal en tiempos de confinamiento, surgió la brutalidad policial y, como lo mostraron diversos videos difundidos por las redes sociales, dos agentes policiales a golpes violentos e injustificados dieron muerte al ciudadano Javier Ordoñez B. en un Comando de Atención Inmediata (CAI) de Bogotá.

La reacción de la ciudadanía ante este asesinato y en rechazo a la actitud complaciente del presidente —quien al día siguiente se disfrazó de oficial y fue a visitar el CAI donde se cometió el delito— precipitó manifestaciones masivas que se extendieron a todo el territorio de la Capital

y a otras ciudades del país. Esas protestas fueron violentamente reprimidas por la policía, utilizando armas que están prohibidas en estos procedimientos y disparando indiscriminadamente sobre la población inerm¹¹ por lo cual el resultado no podía ser más trágico: 11 ciudadanos y ciudadanas asesinados, muchos de los cuales no tuvieron nada que ver con las movilizaciones.

Pero la verdadera consciencia de la carga política de la protesta social iba a demostrarse seis meses después con la toma del espacio público en las grandes ciudades por parte de prácticamente todos los sectores sociales democráticos del país, quienes reaccionaron vehementemente ante la provoca-

11 “La policía nacional reaccionó de forma desproporcionada, ilegal y apartada del principio de humanidad en la atención de las manifestaciones ciudadanas de Bogotá y Soacha. Su actuación causó una masacre que acabó con la vida de 11 jóvenes, dijo Carlos Negret, exdefensor del pueblo y coordinador de la investigación, ordenada por la alcaldesa de Bogotá, Claudia López”. Informe independiente apoyado por el sistema de Naciones Unidas sobre lo ocurrido en Bogotá los días 9 y 10 de septiembre de 2020. Catalina Oquendo, Periódico El PAÍS, España, 13 Dic 2021. <https://elpais.com/internacional/2021-12-13/una-investigacion-de-la-onu-concluye-que-la-policia-colombiana-mato-a-11-jovenes-en-las-protetas-de-bogota.html>

ción del gobierno nacional que, calculando que la capacidad de respuesta de la población estaba agotada en parte al menos por el confinamiento, pretendió imponer unas alevosas reformas tributaria y de salud desembosadamente regresivas y lesivas de las condiciones de existencia de la mayoría de la ciudadanía para favorecer, abiertamente, a los sectores más ricos.

La respuesta al atropello: el Paro Nacional, convocado inicialmente por las centrales obreras el 28 de abril de 2021 pero reinterpretado, extendido e implementado por un gran número de organizaciones urbanas y sociales, provenientes de los sectores urbanos más poblado y más empobrecidos de las urbes del país, logró echar para atrás las pretendidas reformas pero fue reprimido de una manera feroz por el gobierno nacional, produciendo la mayor conmoción urbana de nuestra historia que se extendió por tres meses y cuyas secuelas se mantienen sin que se haya encontrado la manera de resolver sus demandas.

En lo fundamental, porque nadie ni ninguna instancia en las esferas económicas y políticas del poder del establecimiento muestran la más mínima capacidad de comprender las razones por las cuales la gente está en la calle y por qué, por primera vez —a pesar del brutal y tradicional despliegue de fuerza represora

que ha hecho el gobierno: asesinando, desapareciendo y mutilando a centenares de ciudadanas y ciudadanos, en su gran mayoría jóvenes— las multitudes urbanas seguían en el espacio público y se negaban a abandonar los **"Portales, Puentes y Puertos de Resistencia"** que habían levantado en las distintas urbes del país.

Esa ignorancia se extiende también a los llamados sectores "alternativos" o "contestatarios" —incluida la izquierda tradicional— y por supuesto a aquellos columnistas que de una u otra manera llenan las páginas y los espacios radiales y televisivos de los medios oficiales de comunicación e, incluso, de muchos ámbitos de las redes sociales en los cuales algunos han dejado sentado que, aunque no les gusta el gobierno de Duque y ya empiezan a detestar a su principal mentor, en todo caso, tampoco están de acuerdo con **"unas masas que no dicen explícitamente lo qué quieren y se eternizan sembrando el desorden y perturbando la tranquilidad ciudadana"**, esto es, el bien máspreciado de **"aquellos que no protestan sino que producen."**

Ni los unos ni los otros han podido entender que lo que salió a las calles de las urbes colombianas —a diferencia de lo sucedido hace en abril de 1948 cuando se perpetró el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán— es la entidad consciente de la ciudad contemporánea: la reivindicación de la

dignidad integral de la existencia soportada en un conocimiento profundo sobre lo que significa la vida —individual y colectiva— ya adentrándose en el siglo XXI, constituido y desarrollado por las masas en el interior del espacio urbano que siempre se vio como marginal por el establecimiento y que, por ello, se creyó que permanecería en la ignorancia.

Se asombran y/o escandalizan porque, además de denunciar la paupérrima economía que a sangre y fuego han mantenido unas elites sin imaginación suficiente para construir, siquiera, una base capitalista más o menos decente, las mujeres y los hombres que salieron de los barrios de Bogotá, de Cali, de Medellín, Bucaramanga, de Barranquilla y de Ibagué, etc. reclaman procesos para el desarrollo de educación de calidad, de empleo digno, de cultura, arte, ciencia, tecnología e innovación.

Y desde ese mismo desconocimiento extendido también hemos podido leer la perorata de algunos intelectuales y académicos que, en sus columnas de opinión —o de “influencers”— se quejan de lo “**abstracto y generales**” que son los discursos que soportan el bloqueo de las calles y de los parques, cuando en realidad éstos están atravesados por la propuesta exhaustiva de la lucha contra el machismo, la misoginia y la homofobia; contra el racismo y la xenofobia; contra el

calentamiento global y por la responsabilidad ambiental.

Así, la totalidad del espectro político e intelectual del país se ha visto sobrepasada y expuesta en su provincianismo y atraso conceptual y programático por unas masas urbanas que, por el contrario, plantan a Colombia en el medio del escenario de la inaplazable reinención de la política que ha empezado a darse en todo el mundo —y expresado también en las metrópolis contemporáneas— precipitada por le irrupción del Covid-19, claro, pero sobretodo por el agotamiento del neoliberalismo.

Todas esas versiones del establecimiento que anhelan “volver a la normalidad” —sin detenerse un momento a interpretar qué es esa tal “normalidad” ni a asumir la miseria intelectual y material sobre la cual está construida en Colombia— y que se reclaman de una estirpe que vive en “**la decencia y la entrega al trabajo y a la familia**” y que se enervan porque no pueden transportarse tranquilamente por las calles y ante las paredes pintadas, desconocen la más grande transformación cultural que se ha producido en este país y que ahora, como nunca antes, se expresa en las plazas y parques de Bogotá, de Cali y de todas las demás ciudades.

En ese estrato intelectual y social se ignora que la construcción urbana, iniciada impensadamente

hacia el final de la década de los años cincuenta del siglo pasado, ha llegado a aglutinar a más del 75% de la población viviendo en los centros urbanos de nuestra geografía—y en Bogotá ha construido una de las más importantes metrópolis de América Latina—pero no ha logrado configurar, especialmente en el orden institucional dominante, una cultura urbana moderna: democrática, cosmopolita, racional, científica, innovadora y sostenible.

Se desconoce también que ante la incapacidad intelectual y programática de las castas dominantes, a diferencia de todas las ciudades del continente, nuestras urbes —esto es, nuestra población, especialmente la más vulnerable económicamente— han tenido que edificarse en medio de la permanencia de una violencia política que les ha impedido configurar una relación ilustrada con la democracia, con el espacio público, con la innovación productiva y amigable con el medio ambiente.

No se reconoce que a la ciudadanía de las urbes colombianas le ha tocado ir constituyendo su corpus cultural y político por la democracia y la modernidad en medio de una guerra permanente de ochenta años —mantenida por las elites económicas y políticas y sus ejércitos regular e irregulares contra unas guerrillas adscritas a un abanicado y confuso espectro político— que ha pervertido en todos los sentidos

el itinerario de nuestro trasegar como nación hacia el siglo XXI.

Y, mucho más lamentablemente, se olvida que aun en medio de esas interminables y absurdas confrontaciones, como parte inmanente de los procesos que han llevado a la constitución de la ciudadanía moderna que hoy ostenta Colombia se ha podido superar el Frente Nacional (posiblemente el culmen de estatuto anticidadano); instaurar constitucionalmente la elección popular de alcaldes en 1986; materializar la redacción de la Constitución Política de 1991; sustentar la expedición de la Ley 388 de 1997, que busca el ordenamiento estratégico del territorio urbano para superar la dañina urbanización "*predio a predio*" y, finalmente, rescatar y lograr la aprobación constitucional por el Congreso del Acuerdo de la Habana con las Farc en 2016, que permite trasladar definitivamente la referencia político-cultural de las áreas rurales a las urbanas.

Por esos desconocimiento e ignorancia, hasta hace muy poco tiempo la nuestra era una ciudad inmersa en una pastosa permanencia de la imposición cultural y política aldeana, la cual impedía percibir el poderoso proceso de consolidación de una ciudadanía pensándose y determinándose conscientemente como sujeto de su destino; la cual, como ha quedado demostrado con su presencia en la geografía urbana

nacional a lo largo de la protesta, es la que ahora inaugura su emergencia con plena consciencia de su vigencia y de su viabilidad y sustentabilidad futuras.

En efecto, la versión de lo urbano que se instala en las calles y plazas de los conglomerados nacionales¹² tiene la potencia y la contundencia que le dan la inteligencia y el conocimiento que se ha forjado la población urbana colombiana en casi noventa años de estar construyendo varias de las más complejas metrópolis del continente.

Proyectos metropolitanos que son, al mismo tiempo, un inmenso territorio urbano —más de la mitad de las tramas de todas nuestras grandes ciudades distribuidas por la geografía colombiana— y un extraordinario cuerpo de pensamiento, imaginación y creatividad que han forjado nuestras multitudes ciudadanas en la instauración cotidiana de un trasegar pensado —crecientemente consciente— del ser individual y colectivo.

Por ello, la ciudadanía del siglo XXI que ahora se apodera de las avenidas y bulevares no puede ser comprendida por el esta-

¹² En la coyuntura convocada por el Comité del Paro Nacional, después de diez meses de dilación e ignorancia del gobierno de un pliego de peticiones presentado a su consideración por las centrales obreras desde junio de 2020.

blecimiento que, desesperado por su propia limitación cognitiva, la reprime violentamente desde el principio dándole la única interpretación que reconoce: el de acciones perpetradas por un —supuesto o inventado— enemigo que hay que enfrentar mediante la utilización a fondo de los aparatos militares y militarizados de que dispone legal e ilegalmente.

Con lo cual lo único que ha producido es reeditar y multiplicar a nivel nacional la metodología de la “Operación ORIÓN”, esa brutal masacre que se llevó a cabo en uno de los momentos más álgidos del conflicto armado con las FARC¹³, en la Comuna Trece (San Javier) en Medellín, en octubre 16 y 17 de 2002¹⁴.

Hace dos décadas las fuerzas combinadas del aparato militar del Estado fueron hasta el interior del mundo urbano que en el suroccidente de Medellín se había construido durante cincuenta

¹³ La antigua guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia.

¹⁴ Para tener una idea inteligente y sensible de la dimensión trágica, y por ello trascendente, que tiene este acontecimiento, ver la obra *Duelos* de la artista Clemencia Echeverri, 2019. <https://www.clemenciaecheverri.com/studio/index.php/proyectos/duelos-2019> También es fundamental: Pablo Montoya, *La sombra de Orión* (Bogotá: Penguin Random House, 2021).

años, a tratar de sacar a las milicias (Farc, ELN y algunas otras) de esos barrios, después de que, antes, habían estado también bajo un sometimiento indigno al despotismo criminal alternativa-mente de los paramilitares y del simple lumpen de las bandas de la Terraza.

Contrario a esa vigencia de la barbarie y para superarla, lo que muestran las mujeres y los hombres de Bogotá en “Puerto Resistencia”, en la Avenida de las Américas, en el “Puente de la Dignidad”, en Usme, pero también en el “Parque de los Hippies” y en el Monumento a los Héroes, es lo mismo que han hecho las mujeres y los hombres de las demás capitales: Medellín, Cali, Bucaramanga, Ibagué, Barranquilla, etc., con sus respectivos “Puntos de Resistencia”: plantar en el Espacio Público restituído como el ámbito natural de la expresión ciudadana las bases de inteligencia y sensibilidad sobre las cuales hay que solidificar el futuro de la vida urbana, que lleva más de dos décadas mostrando cuál es el camino que una sociedad consciente de su existencia tiene que buscar para construirse y vivirse en dignidad.

A manera de conclusión... para volver a empezar

Todo lo anterior nos muestra que más que a la economía que, en

últimas como hace siempre el Capitalismo, se lucró enormemente de la desgracia de la pandemia y profundizó la desigualdad y la inequidad planetaria en la distribución de la riqueza social, lo que detuvo la pandemia fue el paso que traía esa enorme y fundamental transformación cognitiva que hemos descrito en las páginas anteriores y que el neoliberalismo no tiene la menor posibilidad de comprender.

Tanto había avanzado esa revolución cultural que la propagación del SARS-Cov-2 será registrada en la Historia por la enorme potencia con la cual detuvo repentina y traumáticamente a la Humanidad, justo cuando ésta había empezado a cuestionar de manera consciente y profunda el devenir de la formación social dominante en ámbitos tan determinantes como el desarrollo económico y las relaciones entre los hombre y mujeres, así como con respecto a las consecuencias de esas complejidades para el futuro del planeta y el de la especie misma.

Detuvo abruptamente el cuestionamiento, cada vez más creativo, agudo e informado, de una forma de sociedad que impulsada desde los años ochenta del siglo pasado por un capitalismo desbocado y depredador, potenciado por la acción política de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, parecía imposible de ser reformada y mucho menos re-

planteada a pesar de los enormes estragos que ese devenir neoliberal viene causando y profundizando en todos los campos de la vida económica, social, cultural y política¹⁵.

Todo lo cual dimensiona en términos estructurales y estratégicos el rompimiento del confinamiento que realizaron las masas urbanas del mundo durante la pandemia, pues ese quiebre restituyó el devenir de la expansión inédita y crecientemente generalizada, por parte de las masas urbanas, de formas y escalas de crítica contestatarias de la sociedad dominante —y, de nuevo, planetariamente hegemónica— que no se presentaban desde la Caída del Muro de Berlín y de la disolución de la Unión Soviética.

Construcción crítica que se ha venido configurando junto con la evolución del pensamiento técnico urbano durante los últimos noventa años, a medida que se edifica el urbanismo de los sectores populares de todas las grandes urbes del mundo, y que en un

giro netamente revolucionario ha podido evidenciar y superar las profundas limitaciones teóricas y conceptuales que caracterizaron a las viejas ideologías contestatarias que se habían mantenido hasta el fin de la “Guerra Fría”, las cuales habían ignorado, por mantenerse constreñidas a la sola crítica de las contradicciones económicas, endemias sociales y culturales tan vergonzosas y perversas como las discriminaciones sexuales y de género, las de procedencia étnica y cultural y, particularmente, las relaciones depredadoras con la Naturaleza.

Paradójicamente, pero para que no quede la menor duda de la pertinencia histórica, y de la vigencia política de las elaboraciones teórica y prácticas que han formulado las ciudadanías urbanas de todo el orbe ahora, que incluso de manera institucional todas las naciones se han aprestado a oficializar el fin del confinamiento, las masas urbanas se ven obligadas a volver precipitadamente a la calle en todas las metrópolis europeas para tratar de parar la reedición de la más grande estupidez que ha inventado la humanidad en el poder: la guerra.

Como se sabe, desde el pasado 24 de febrero, ésta se ha emprendido fundamentalmente contra las ciudades mediante la invasión de Ucrania realizada por las tropas rusas, reinstalando todos los horrores que le son ca-

15 “... the world’s wealthiest 1% produce double the combined carbon emissions of the poorest 50%, according to the UN. The wealthiest 5% alone -the so-called ‘polluted elite’- contributed 37% of emissions growth between 1990 and 2015... The document has come from the UK-based Cambridge Sustainability Commission on Scaling Behaviour Change.” Roger Harrabin, “World wealthiest ‘at heart of climate problem’”, BBC News, 13 April 2021.

racterísticos y que aún no supera nuestra humanidad:

Con lo cual se profundiza la vigencia del trabajo creativo y cotidiano que hace la población

urbana mundial en la perspectiva de diseñar el marco institucional de la metrópoli futura y del conjunto de la sociedad humana.

Bogotá, 6/06/22.

Contenido

Editorial

Protesta social y activismo político

— *Sandra Borda y Alexis De Greiff A.* 7

Arte y protesta social en el Gobierno Duque

— *Lucas Ospina* 10

La libertad de expresión en la protesta social en Colombia: los paros nacionales de 2019 y 2021

— *Ana Bejarano, Emmanuel Vargas y Vanessa López* 20

La restitución del espacio público: el ámbito de la protesta social

— *Fernando Viviescas M.* 32

Protesta social

— *Óscar Naranjo* 54

La muchedumbre política en Colombia: 1893-2008

— *Medófilo Medina* 61

Sobre la protección a la protesta pacífica

— *Sofía Forero Alba y Alejandro Jiménez Ospina* 72

¿Por qué Cali?

— *Alfonso Otoya* 85

En defensa de la capucha: apuntes para la construcción de una Política menor	
— <i>Juan Felipe Lombo</i>	89
Protestas y necesidades sociales: desconexión social y responsabilidad empresarial	
— <i>Ricardo Villaveces P.</i>	96
Geopolítica y sombrillas en movimiento: el significado de las protestas sociales en Hong Kong	
— <i>Diana Andrea Gómez Díaz</i>	102
No somos históricas, somos históricas	
— <i>Luisa Ortiz Pérez</i>	114
La visibilidad como una forma de protesta: supervivencia y movilización de las personas LGBTIQ	
— <i>Mauricio Ariel Albarracín Caballero</i>	130
Violencia policial contra personas LGBT+ en Colombia: una problemática más allá de la protesta social	
— <i>Marcela Sánchez</i>	138

- © Universidad Nacional de Colombia
- © Universidad de los Andes
- © Universidad de Ibagué
- © Instituto Colombo-Alemán para la Paz CaPaz

ISSN 2805-9999

Edición
Editorial Universidad Nacional de Colombia
direditorial@unal.edu.co
www.editorial.unal.edu.co

Comité editorial: Julio Paredes †
Alexis De Greiff A.
Camila De Gamboa Tapias
Hernando Hernández
Lisímaco Parra
Stefan Peters
Silvia Restrepo
Alfonso Reyes Alvarado
Gustavo Silva Carrero
Adriana Suárez
Paca Zuleta
Alberto Amaya

Director Revista Formación Política: Gustavo Silva Carrero
Coordinación editorial: Yecid Muñoz Santamaría
Corrección de estilo: Ányeli Rivera y Yecid Muñoz Santamaría
Diseño y diagramación: Andrea Kratzer M.

Imágenes tomadas de Pixabay y Freepik



Creative Commons Atribución - Sin derivar.

Impreso en Bogotá, D. C., Colombia

editorial
UNAL

CP
CENTRO PARA LA
EDUCACIÓN POLÍTICA

Revista | **Formación
Política**